

escrito a máquina

Cristianismo

Significa:

"Palabra Que Encarna"



Comentando mis anteriores "Escritos a máquina" un lector me dice: "Lo que subleva es la indiferencia".

Pero ¿por qué esa depresiva indiferencia? ¿Por qué ese "yo-qué-pierdo", ese encogimiento de hombros, cuando se señala o cuando se manifiesta una situación de injusticia, una lacra social o un problema humano?

Un sacerdote que me escribe sobre Acahualinca y sobre la situación de los niños en esos barrios que proliferan alrededor de las cloacas me dice: "Esto no sucede a causa de una miseria invencible. Nicaragua no es tan miserable como pudiera creerse viendo estos barrios. La causa de esto es un pecado social que se llama egoísmo. Es el mismo pecado del rico Epulón del Evangelio que comía tranquilamente teniendo al pie de la mesa al mendigo Lázaro —a quien los perros lamían sus llagas— y no le daba ni las migajas sobrantes de su hartazgo. Con un poco de preocupación y de esfuerzo SOCIAL bien orientado, Managua no daría ese espectáculo".

Pero —vuelvo a preguntarme— ¿por qué si los individuos ven, señalan, reaccionan; la Comunidad parece paralizada y permanece indiferente?

Porque —me respondo yo— la ciudad está estructurada por una sola ley: la ley del dinero.

Si analizamos cuál es el imperativo que priva por sobre todo en Managua, llegamos a esta conclusión: Managua es una población que se ha reunido para hacer dinero. Todo lo que no es el negocio inmediato no le interesa a Managua: belleza, orden urbano, parques y zonas verdes, resolución de la vivienda, problemas del hacinamiento, problemas de salud y seguridad de vidas... nada que tenga carácter comunal logra imponerse sobre la ley suprema del dinero.

Pero la ley del dinero, por su propia naturaleza es excluyente. Es decir: beneficia a unos pero a costa de los otros. Si no se regula más que por sí misma —como sucede hoy entre nosotros— lo que se acrecienta es el egoísmo, un egoísmo cada vez más voraz, cada vez más cerrado al prójimo. En el negocio actual ya no tratan caballeros, sino que combaten enemigos. Negociar ya no es obtener un beneficio sino devorar al cliente. Cada día hay más ciencia, más contabilidad, más respetabilidad, más poder a favor del que despoja. Y cada día el poder del dinero se vuelve más opresor porque su tendencia es concentrar, su tendencia es centrípeta: cada día el rico se hace más rico y el pobre más pobre.

Sin embargo, hemos impulsado la fuerza ciega del dinero en una etapa histórica absolutamente desfavorable. Cuando la tendencia del mundo entero es controlar cada vez más la fuerza voraz y capitalista del capital, nosotros la impulsamos hacia su más egoísta y anacrónico desarrollo. Siquiera por egoísmo (por un egoísmo que tuviera en cuenta no sólo el presente, sino el futuro) la riqueza debería recordar aquella ley de equilibrio social tan diáfananamente formulada por el español José María de Areilza: "Sólo una derecha progresista hace posible una izquierda moderada".

Nuestra sorda riqueza de hoy es la mejor agitadora de los extremismos de mañana.

¿Cuál es, entonces, la posición del cristiano ante esa indiferencia? ¿Se puede seguir siendo cristiano y guardar un silencio cómplice con ese egoísmo radicalmente anti-cristiano?

Más todavía: ¿la obligación del cristiano es hablar o debe dar un paso más apoyando, impulsando los necesarios y urgentes cambios de estructuras?

Creo que si la política del cristiano se reduce a citar y predicar los magníficos textos del Evangelio y de las Encíclicas y a esperar que con ello el rico cambie su conducta y su actitud social: está engañándose a sí mismo y lo que es peor, creando una situación de equívoco que daña a la Iglesia y que oculta su verdadero rostro al pueblo.

La riqueza no puede cambiar su modo egoísta y antisocial de operar, si no cambian las estructuras en que está montada. La Iglesia posee documentos excelentes, posee la mejor doctrina pero desde León XIII esos documentos y doctrinas han tropezado con el obstáculo de unas estructuras que impedían e impiden su vigencia y realización históricas. Si el cristianismo ha terminado ya con las viejas ideas, su segunda etapa —la post-conciliar— consiste en acabar, en demontar las viejas estructuras.

Estoy leyendo una entrevista, en la revista "Destino" con el teólogo español José Ma. González Ruiz (autor de un libro estupendo: "MARXISMO Y CRISTIANISMO" y uno de los hombres de avanzada en el pensamiento cristiano post-conciliar). Creo importante, como lectura y meditación de Semana Santa, leer estas penetrantes y revolucionarias afirmaciones de González Ruiz:

—"¿Que si creo que el mundo marcha hacia un socialismo de inspiración marxista más que hacia un capitalismo más o menos "cristiano-occidental"?... No es mi fuerte la "historia-ficción" y mucho menos la "teología-ficción". Lo que sí puedo decirle es

—Pasa a la Pág. 16 N° 1—

2 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

que la identificación entre "cristianismo" y "capitalismo" es cada vez más problemática. Cualquiera que sea el sesgo que tome la sociedad inmediatamente futura, es cierto que se va disipando por momentos el doloroso equívoco —apoyado por tantos siglos de traiciones cristianas— que presentaba el cristianismo como inevitablemente enfeudado en las clases dominantes. Las tensiones, a las que antes hacía referencia, se dan principalmente en este plano: el Evangelio ¿es un mensaje anodino que puede ser aceptado por todos independientemente de su condición económico-social? O, por el contrario, ¿produce una automática discriminación entre ricos y pobres, opresores y oprimidos, explotadores y explotados? No voy a abrumarle ahora con citas; me ciño a lo más esencial. El Evangelio fue anunciado a los pobres como una "buena noticia de liberación" (Mt. 11, 5) y a los ricos como un "mensaje de desgracias" (Lc. 6, 24). Partiendo de este presupuesto esencial, es lógico pensar que los auténticos cristianos, que tomen el Evangelio en serio, no considerarán tabú ningún movimiento que intente desmontar unas estructuras en las que la explotación del hombre por el hombre está perfectamente institucionalizada. Por eso a un creyente le es indiferente, en punto de partida, que este movimiento tenga tal o cual apellido o se apoye en una figura eminente del pensamiento y de la praxis social. Esta libertad de espíritu y esta abertura a todas las sorpresas de la historia es uno de los grandes mensajes del cristianismo primitivo, sobre todo a través de San Pablo que decía a sus cristianos: "Todo es vuestro: Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro; todo es vuestro. Eso sí, vosotros sois de Cristo; y Cristo, de Dios" (1 Cor. 3, 22-33)".

El mensaje cristiano tiene que significar para el pobre "una buena noticia de liberación".

Y agrega el refrán: "Obras son amores y no buenas razones".

PABLO ANTONIO CUADRA